

**Mapurbe**  
venganza a raíz

*pehuén*  
*poesía* 

DAVID ANIÑIR GUILITRARO

# Mapurbe

## venganza a raíz

© David Aníñir Guilitraro  
© Pehuén Editores, 2009  
María Luisa Santander 537, Santiago, Chile  
Fono/fax (56-2) 795 71 30 - 31 - 32  
editorial@pehuen.cl  
www.pehuen.cl

Inscripción N° XXXXXXXX  
ISBN 978-956-16-0474-2

Primera edición, octubre 2009

Ilustración portada  
*Francisco Huichaguelo*

Edición al cuidado de  
*Ana María Moraga S.*

Diseño y diagramación  
*Olaya Fernández A.*

Impreso en los talleres de  
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX  
XXXXXXXXXXXXXXXXXXXX

Derechos reservados para todos los países de lengua castellana.

Ninguna parte de este libro puede ser reproducida, transmitida o almacenada, sea por procedimientos mecánicos, ópticos, químicos, eléctricos, electrónicos, fotográficos, incluidas las fotocopias, sin autorización escrita de los editores.

IMPRESO EN CHILE / PRINTED IN CHILE



*A nuestros muertos*

## “El poema a la vena entra lloviendo por el paisaje”

Algunas impresiones desde/sobre los márgenes  
del “Mapurbe” de David Aníñir Guilitraro.

*José Ancan Jara\**

HASTA HACE SÓLO UNOS AÑOS atrás, todos los bordes de la periferia santiaguina aún lucían retazos de aires campestres; los últimos vestigios de los tiempos en que la capital era sólo un lunar de cemento rodeado de chacras y fundos. Sembradíos, animales y gentes coexistían precariamente por entonces en aquella primera línea de avance del monstruo urbano, que en nombre del progreso y la modernidad, humeante y engullidor, poco a poco terminó por tragarse casi todo aquel paisaje hibridado de vehículos a motor mezclados con carretelas que vendían la leche fresca del día desde los establos cercanos.

Gentes campesinas, habitantes del antiguo Santiago extrarradio y pobladores de las “callampas”, tomas, “operaciones sitio” y las insuficientes viviendas sociales asignadas por el gobierno de turno, convivían en aquel inestable espacio de frontera de una urbe todavía en estado de gestación. En esos años, las callejuelas sin pavimentar guardaban sitios eriazos, en donde, indiferentes, solían pastar los caballos de tiro, en tanto que por los patios de las mejoras alledañas, deambulaban a la par de los juegos infantiles, aves y chanchos en engorda, signo evidente de la raigambre campesina de sus dueños.

El lado poniente de aquel proyecto de megápolis, albergaba a la inmensa comuna de Barrancas, creada a fines del siglo XIX y de carácter casi absolutamente rural. El extremo occidental de la comuna era el camino de entrada a

---

\* Licenciado en Historia del Arte, Máster en Antropología.

Todas las citas entre comillas y en cursiva pertenecen a distintos versos de “Mapurbe”, contenidos en este libro.

la capital viniendo desde Valparaíso, cuando el Chile central era casi enteramente un latifundio, propiedad de la oligarquía local. Barrancas fue primero rebautizada como Pudahuel en el año 1975 y posteriormente partida en 3 mediante decreto de 1981, en plena dictadura militar. De esta división se derivaron las actuales comunas de Pudahuel, Lo Prado y Cerro Navia, sectores que se fueron poblando, en gran medida, a contar de ocupaciones espontáneas de pobladores sin casa, venidos desde el interior de la ciudad.

En efecto, las dinámicas de poblamiento de las grandes ciudades latinoamericanas, al concentrar gran parte de la actividad económica del país, que atraían, de igual manera, la migración campesina y desempleada de otras regiones, no fueron generando condiciones mínimas de vivienda digna para ese nuevo contingente. Al no poder contener a estas gentes en los límites urbanos formales, ni a las que día a día llegaban a la capital, se fue generando un escenario propicio para que se desencadenaran las ocupaciones masivas de terrenos de parte de pobladores organizados, en los extramuros agrícolas de Santiago, a partir de fines de los 50.

Este, quizás uno de los fenómenos sociales no oficiales más importantes –y más desconocidos– de la historia social chilena del siglo XX, fue un proceso que, además de dar origen a la mayor parte de las poblaciones más emblemáticas de la capital, demostró cómo el movimiento de pobladores pudo doblarle la mano a las autoridades de la época, obligándolas a establecer políticas de vivienda social en tiempos en que estas casi no existían.

Gran parte de la migración mapuche ya asentada en Santiago se sumó a este proceso. También lo hicieron los padres y vecinos actuales del informalmente llamado “pasaje de los indios” de la Intendente Saavedra, donde aún vive David Aníñir Guilitraro. Desde la población “callampa”, la Colo Colo de orillas del Mapocho, aledaña al Puente Bulnes, en el centro de la ciudad;

hasta la “operación sitio”, derivada de la toma de 1967, que posteriormente formó la actual Población Intendente Saavedra, Cerro Navia.

Allí también se empezaron a forjar los poemas de “Mapurbe”.

\* \* \* \*

El arriba y el abajo santiaguino, es correlato y significativo perfecto para un ordenamiento espacial expresivo de la estructura social metropolitana; entre la topografía poderosa de los “*faldeos de La Reina/ Y Las Condes*” y el polvoroso abajo “mapurbe” de los sospechosos callamperos de Cerro Navia. El omnipresente curso del río Mapocho, raja como un cuchillo la ciudad de oriente a poniente y la define en su verticalidad, de arriba a abajo, desde la cristalinidad de sus aguas en la precordillera potentada, hasta “*los mojonos y guarenes*” de café oscuro, muy oscuro, de allá abajo.

Por Avenida Carrascal, donde comienza Costanera Sur, fluyendo por su cauce natural no intervenido, el Mapocho arrastra los desechos fisiológicos e industriales de la ciudad oficial de más arriba. En tiempos que sabemos, el río arrastró también muertos sin nombre, cuerpos acribillados, que sin embargo, quedaron inscritos en la memoria ribereña del lugar. Pobladores, trabajadores areneros, recolectores de leña y niños que a diario ocupan esos márgenes indefinidos en propiedad –la orilla es de nadie y por tanto de todos– y de contornos siempre cambiantes, como espacio de trabajo, insumos, juegos, aventuras y transgresión. Bañarse en esas aguas y ensayar la puntería apedreando guarenes anfibios, es la entretención acostumbrada hasta hoy de los niños del sector.

Por estos lados, el río es más río, y no el proyecto inacabado de intervención urbanística del centro de la ciudad. Su curso se desboca a veces, e

incluso es balneario popular que sirve para capear los calores veraniegos. El Mapocho poniente se constituye a la vez en hito y límite geográfico y social. Es realidad concreta, material, a la vez que metáfora sociocultural que trasciende sus límites. El río es feo y hediondo, pero está inscrito como una cicatriz abierta en el paisaje y la memoria colectiva pobladora. Es la “lágrima negra” que arrastra los “mojones cristalinos que navegan hacia el mar”.

El Cerro Renca, con su perfecta forma de volcán dormido, situado al lado norte del río, es otro hito demarcador de la zona. Especie de telón de fondo paisajístico, cruzar el río y escalar sus faldas, era parte de la aventura necesaria para todo niño del sector poniente. Casi en la mitad de su extensión, estaba la famosa y mítica “Cueva de don Emilio”, caverna de profundidad, siempre polémica y misteriosa. Se contaba – se cuenta aún – que por ahí residía un ser híbrido, mitad humano y mitad chancho, que atrapaba a las personas incautas y las sumía en las profundidades del cerro sin retorno.

El límite oriente de Barrancas antigua, era la calle Samuel Izquierdo donde comenzaba –o terminaba– la antigua comuna de Quinta Normal, creada como tal en 1915 en la parte oriental de la comuna original; y que como núcleo poblacional semi rural, existía desde el siglo XIX, aledaño a la capital, como la describe Pedro Prado en su novela “Un juez rural”, de 1924.

Antes de 1981, dicha calle marcaba entonces una implícita frontera entre los restos de un trazado todavía mayoritariamente establecido por la lógica burocrática estatal. Del lado de Quinta Normal no había muchas tomas, pues la mayor parte de los terrenos ya estaban ocupados por casas y cités. Pasando aquella frontera, estaba aquella especie de tierra de nadie de las tomas y operaciones, sitio de más abajo, donde a los pobladores se les suponía “peligrosos”, porque su instalación en ese territorio ganado al poder, fue esencialmente contestataria.

“En el balneario callampa de los grifos periféricos”

\* \* \* \*

La memoria del espacio ganado con esfuerzo contrasistémico, ha impregnado de sentido a los sectores poblacionales derivados de antiguas tomas de terrenos. Allí, las casas son reflejo de una microhistoria de esfuerzo y autoconstrucción; y en sus proyectos de terminación, casi nunca completamente acabados, está depositada la impronta de su origen de población callampa. Es, por ejemplo, el nombre Colo Colo, el campamento o toma que se resiste a ser reemplazada por el de población Intendente Saavedra.

Allí, ninguna vivienda es igual a la otra y de una u otra forma, las estrategias de relación, negociación o conflicto con los agentes del poder, especialmente la policía, evocan el enfrentamiento original que formó la población. Es por eso que aquí ciertos dispositivos de comunicación no verbales –o transversales, si se quiere– son tan importantes: onomatopeyas, gritos, silbidos, gestualidades cuyas claves las comprenden sólo los que son de ahí, y con los que se quiere confundir a los extraños. El “*coa y flaitedungun*” que rescata y resignifica la poesía de Aníñir: “*Sí, es por eso que esta tierra es una larga y angosta faja de poetas oeehh!, Tiki- Tiki-ti/ Ta - ta - ta - ta - tá sonaban las matracas ese 11 de septiembre del 73...*”

Aníñir, el poeta mapurbe, reutiliza, da vuelta y vuelta; revuelve como en un cocimiento u olla común, los códigos de comunicación pobladora, verbales o preverbales. Signos resignificados a su vez en el doble ambiente mapuche en que creció: el de sus vecinos del enclave “indio” de la población, familiares o conocidos desde los tiempos del campamento, que reprodujeron –con la fuerza que sólo tienen las culturas de resistencia en ambientes

adversos— un amplio dispositivo de costumbres campesinas trasplantadas al nuevo espacio ciudadano. Fiestas y velorios, la celebración y la muerte, como símbolos de congregación social mapuche.

También está en los “*mapuchemas*” el contacto permanente con la familia campesina. Formas reproducidas en los contactos epistolares y en los intercambios de productos y enseres con su linaje materno williche. Él, como tantos de nosotros, le escribía las cartas a los familiares de su madre; y a través de ese formato fue como se apropió, se “tomó” literalmente la letra impresa como herramienta o arma de expresión, “*con ajo, puñalada certera*”. La carta por encargo, al convertir la vivencia ajena en propia a través del texto, se conforma así en un ejercicio inicial de la metáfora poética posterior.

La doble vertiente por la que se nutrió la identidad mapuche de Aniñir, vertientes ambas de transmisión natural de ciertas formas culturales fundamentales, hicieron que el proceso de elaboración del lenguaje poético propio, surgiera también naturalmente. La discriminación fue un factor que jugó un rol importante —como en todo mapuche urbano— en la historia de vida del poeta, pero este trauma se dio más bien en los espacios institucionales, como la escuela.

Es que en el enclave mapuche del barrio en el que creció, casi todos sus vecinos son mapuche y además, en ese espacio, las carencias sociales del entorno hacen que a los no mapuche no se les vea como *wingkas*, o como enemigos. En una población que se originó en una toma de terrenos, y que se consolidó en la lucha popular contra la dictadura en la época de las protestas de los 80, los enemigos verdaderos y permanentes siempre van a ser los representantes del poder.

Instalada ya el habla de la *pobla* en el imaginario personal, el florecimiento del discurso indígena público, operado a contar de 1992, no hizo otra cosa que reforzar y darle el aire necesario que le faltaba a la poética de

David Aniñir. La estética *mapurbe* sale airosa (sube) desde el enclave mapuche —donde retorna siempre—, y se para en el centro simbólico y real de la “*mierdópolis donde arde el asfalto*”. Discurso que también hizo rápida sintonía, en un ejercicio genuino de interculturalidad, con otros del entorno de resistencia antisistémica urbana; allí donde todos por igual “*fornikan a la luz de la gran torre entelunar*”.

En la peña mapuche de solidaridad con los presos políticos, en el encuentro de poesía emergente, pero también en el recital rock o en el ambiente futbolero de la Garra Blanca, la estética “*mapurbe*” se ha consolidado en estos tiempos últimos, casi como una seña de identidad transmapuche, que entre otras cosas, ha terminado de dar legitimidad en el verbo al último eslabón de la larga cadena de las identidades mapuche contemporáneas: la de los mapuche urbanos hijos e hijas del asfalto y de la diáspora de un pueblo, representada por sus —nuestros— padres o abuelos. ¿Quién no conoce o cree conocer a estas alturas a la María Juana, la Mapunky de la Pintana o muchas veces ha visto a Lautaro subiéndose a la mala a un bus del Transantiago?

De esta forma, los mapuchemas ya no pretenden evocar el paraíso perdido o demasiado lejano de la identidad campesina, que sin embargo continua siendo la matriz de la identidad mapuche. No son la vertiente diáfana ni el espíritu antiguo del bosque húmedamente silencioso del sur. Son versos que desafían cara a cara lo étnicamente correcto para evocar los “*nativos árboles de cemento*”; la “*sangre roja del apuñalado*”; la “*oscura negrura of Mapulandia street*” o por último, el “*ciberlautaro [que] cabalgas en este tiempo TecnoMetal*”.

¿Cuál es entonces el *mapurbe* real y concreto del que nos habla Aniñir? ¿Será el Santiago granangular, que desde las alturas capta el despacho en vivo luego de la inundación? ¿O tal vez serán tan sólo las contrasistémicas entradas y salidas, o subidas y bajadas hacia/desde la urbe ajena? La transan-

tiagónika, la de los malls, tags y cámaras de televigilancia? ¿O será, muy por el contrario, tan sólo el periódico y desafiante asalto callampero y aindiado a una ciudad ajena y sin alma?

¿Poesía contestataria y antisistémica o poesía así, sin apellidos ni marcas étnicas o políticas? ¿Por qué caminos podrá desenvolverse libremente la poética *mapurbe* de David Aníñir de aquí en más, luego que vaya acumulando ediciones y millas en el cuerpo?... como siempre, creemos, será la poesía misma como práctica específica de la libertad artística y política, la que responda y rinda cuentas ante quien se las pida. Una cosa, eso sí, es segura: hay escasísimas posibilidades de que Aníñir vaya a desfilar en la Parada Militar o en el Club de la Unión.

Mientras tanto, Lautaro sigue tomando la micro todos los días, “*para servirle a los ricos*”, las aguas del Mapocho siguen transportando río abajo la memoria material de este “*Santiagóniko weküfe maloliente*”.

\* \* \* \*

Crecí ahí en la calle Samuel Izquierdo, en una “villa”. Catamarca se llamaba. Recuerdo que pasaban pocos vehículos por la calle esa en aquel tiempo, pasaban seguido, eso sí, carretelas de caballos. Había por ahí cerca una banda famosa de patos malos, “Los Polleros” les decían; pues al parecer se especializaban en robar pollos y gallinas. No se habló más de “Los Polleros” después del Golpe del 73, y se decía que habían sido eliminados por los militares o encarcelados. Como había poca locomoción entonces, por las noches jugábamos a la pelota en plena calle de un lado a otro. Era como jugar desde Quinta Normal a Barrancas, porque la calle era el límite entre las dos comunas.

Esa villa era como un pretencioso “barrio alto” de Barrancas, después de Cerro Navia. De hecho, algunos vecinos, de verdad se creían ese cuento, por-

que eran casas construidas por el gobierno, por la Corhabit, que a mis viejos les costó años de ahorro y esfuerzo conseguir. Cuando llegamos a ese lugar, en 1970, ahí como que se acababa la ciudad, porque enfrente de la calle, mirando hacia el poniente, lo único que se veía era un potrero, que había sido antes una viña. Al otro lado del potrero se divisaban las mediaguas de una población callampa, Colo Colo decían que se llamaba. Mi vieja nos decía siempre a mi y a mi hermano que no se nos ocurriera ir para ese sector, porque ahí vivía “gente mala”, callamperos, y era peligroso. Por supuesto, con mi hermano y los otros amigos no le hicimos caso, e igual íbamos para ese lado a jugar en el potrero, e investigar lo que había más abajo.

Varias veces nos agarramos a piedrazos con otros cabros chicos de esa parte. Seguramente eran los callamperos de los que hablaba mi madre. Nos agarramos algunas veces, pero otras también jugábamos pichangas interminables en una cancha que espontáneamente se armó en el potrero aquel de las viñas. También con mis amigos íbamos siempre al cerro Renca a elevar volantines e imaginar que nos encontrábamos con el “hombre chancho” que vivía cerca de la cueva de don Emilio. También íbamos a hacer puntería con los guarenes gigantes del Mapocho, allá por el puente Resbalón, cerca de la Fanaloza. Nunca me metí al río a bañarme, aunque siempre veíamos a otros cabros chicos nadar en las oscuras y torrentosas aguas como si nada. Verdaderos pirigüines de mechas tiesas eran esos niños de piel café oscura como el barro.

Seguramente, por algunos de esos lados andaba el *Davi*. Claro, él es un poco menor que yo, pero en los grupos de pelusas a veces no importa mucho la diferencia de edad. Puede ser...

Es que, entre la calle donde vivía yo, y el Pasaje de los Indios de la Colo Colo, o Intendente Savedra, donde creció el Aníñir, hay pocas cuadras.

Nos conocimos efectivamente, recién en el año 92, en una organización juvenil mapuche; ahí en plena ebullición de la causa indígena a nivel nacional e internacional. El *Davi* venía de la calle profunda y se le notaba; era un flaite de ojos hinchados en toda la regla, que incluso asustó a algunas niñas del grupo, según recuerdo.

Con el paso de los años, nos encontramos algunas veces más. Incluso una vez le compré en la Plaza de Armas de Temuko, la primera edición fotocopiada de Mapurbe. Desde hace un par de años atrás nos hemos acercado más hasta considerarnos amigos, tanto que hemos compartido más de una chela melancólica por ahí, e incluso alguna complicidad.

Ahora mismo nos juntamos en este nuevo potrero, cuando ya la importancia de la poética (“arte peótika”) de Aniñir, el enferrador de la *contru*, es cada día más reconocida, por su gente, lo principal, pero también por alguna crítica literaria. Esta reedición, el primer texto mapurbesco que será publicado por una editorial de verdad, encuentra a un poeta ya consolidado, y que ya se creyó el cuento. Yo, también flaite de origen, ahora camuflado de intelectual mapuche con postgrado, pero igual temporero de la academia chilena, y el *Davi* que ya cruzó hace poco por primera, y de seguro, no última vez, el Atlántico.

No creo que el *Davi* se quiera hacer famoso con la poesía a costa de perder el horizonte de su origen. Hay muchos y muchas que se la cobrarían. Por ejemplo, la Mapunky de la Pintana que ambos conocemos. Tampoco creo que lo veremos haciéndose el lindo –o el “interesante o mágico”– con las viejas cuicas en Casapiedra, en la barra del Liguria, o algo por el estilo.

Dale entonces po’, peñazko Aniñir, que este no sea el primero ni el último de los poemarios mapuchemas que publiques con todas las de la regla. Y que siempre tengas algo nuevo que decir, que de cosas para decir hay demasiadas, tantas, que costará que se acaben ...oeeeehh!

## Prólogo a la primera edición

*Y LLEGARON DESPACITO...*

Subo los cerros y la ciudad perdida entre el humo me trae el vago rumor de sirenas aullando, siempre tras la persecución de la muerte. Y abajo, muy abajo la tierra ahogada o aplastada por el cemento y la miseria... el sol cotidianamente cae sobre los sueños de nosotros, transeúntes obligados de las calles de concreto.

Mapurbe golpea con fuerza, aplastando sobre el suelo de la periferia, periferia que después de todo es la construcción del gueto en el cual nos asfixian de maltrato, el gas que va pudriendo nuestra alma y nos separa de la tierra...

*Y llegaron despacito...*

Como la historia entre los ríos cristalinos de la palabra, pero se fueron quedando y encerraron en oscuros subterráneos de la historia.

A través de estos poemas recorreremos nuestra historia de allegados a la periferia de la urbe, doblemente marginados, cultura de sobrevivencia cotidiana que nos hermana y nos aleja (el más fuerte sobrevive, ley de la selva) pero esto no es una narración de la sobrevivencia ni la crónica de un abandono, es más bien una mano que se agita desde arriba saludando el horizonte.

Aniñir, sentado sobre su periferia, construye el centro de su universo con sus palabras, construye de su caída el camino de retorno, balluceando palabras en mapudungun, aferrándose al recuerdo de la noche y las historias olvidadas de la tierra.

Mapurbe nos viene, entonces, con palabras fuertes como latigazos, no como plegarias, sino como sacudida envalentonada, como el despertar de una pesadilla en el que los espíritus externos molestan nuestros sueños.

*“Inconstructivo involutivo insatisfecho  
Como el cóndor con diarrea  
En el asta de sus banderas estatales  
Y contagiado por el tumor del abue`onamiento en masa  
Descanso en tus ojos  
Mientras mis ojos  
Navegan en esa sangre medio arenosa”*

(Acullá)

*Leonel Lienlaf*

## Yeyipun

Marri- marri wenu kvze  
Marri- marri wenu fvcha  
Marri-marri newen ñuke mapu  
Marri-marri kuifi keche mapuche  
Marri-marri kom pu che mapurbe

Marri marri kvyem wanglen kom newen wenumapu  
allkutuain taiñ dugu  
allkutuaiñ taiñ pvlyv  
allkutuaiñ taiñ rakiduam  
lemoria pú lonko, Pu machi, Pu weichafe, Pu werken  
kom fvcha keche, petu mongeley

kelluaiñ tufachi weche keche mapuche warría mapu muley  
kelluaiñ ta presos políticos mapuche  
kvpaiñ tamvn kellun  
weche keche, pichi keche, ullcha keche  
liftuay taiñ piuque  
liftuay taiñ rakiduam, taiñ mogen, taiñ pulyv  
kelluaiñ taiñ rvpv meu, kelluaiñ tañi lof che  
kvme amuleaiñ taiñ rvpv, taiñ kudaw, taiñ rvpv mogen  
lonkontuaimvn, piukentukuaimun pu mapuche  
newentuleaymvn pu weche keche weichafe

llekaleleaymun pu mapuche pu weichafe  
 wenu kvze, wenu fvcha, kelluain taiñ rvpv  
 elchen kvze, elchen fucha liftuay taiñ kutran rakiduamualu,  
 taiñ pullyv  
 kvme amuleaiñ kom mapuche meli witrán mapu meu  
 newentuleaiñ pu lamgen, pu peñi  
 kvme amuleayiñ taiñ yeyipun, taiñ nguillatun, taiñ mogen  
 mapuche wallmapu, taiñ petu mogelen kom mapuche  
 kvme amuay taiñ pewma

marri chi weu !!!!

## Hacerla cortita

ir al hueso  
 sin asco, con ajo  
 puñalada certera  
 a la médula  
 a la hiel  
 con verso punzante  
 a la tráquea  
 a la yugular  
 bajo la piel  
 con certeza  
 con dolor  
 sin tristeza  
 con amor y odio  
 con ternura  
 sin vergüenza  
 con verdad  
 con templanza  
 con la esperanza de la venganza  
 ir, hacer y decir  
 acción directa  
 recuperando memoria  
 levantando la vista